

SANTA MISA

EN LA FIESTA DE LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VIRGEN MARÍA

8 de septiembre de 2016

(Saludos ?)

Queridos Hermanos:

Nos hemos reunido para celebrar el amor de Dios, su eterna e infinita misericordia. Un amor que no es abstracto ni teórico, sino que se concreta a lo largo de la historia, hasta el punto de poderse experimentar.

Su primera expresión fue la Creación. Tras la Creación, el Señor convocó un pueblo y lo acompañó personalmente, manifestándose en la zarza ardiente, en el Arca de la Alianza, en la columna de fuego y nube, o en la voz de los profetas.

Posteriormente vino la Redención. La primera creación encuentra su sentido y su cumbre en la nueva creación en Cristo. El hombre, por el pecado, se había separado de Dios. Pero Dios no nos abandonó. El Señor no se apartó de nuestro lado. Dios nunca abandona a sus hijos. Y por ello, cuando llegó la plenitud de los tiempos, nos envió a su Hijo Jesucristo. Él, por medio de su vida, de su muerte y su resurrección nos alcanzó la salvación, liberándonos de la esclavitud del pecado.

Pero la historia de amor de Dios a los hombres no termina con la muerte y la resurrección de Cristo. Dios sigue presente en medio de nosotros. Dios sigue actuando en nuestra historia. Dios sigue haciéndose cercano.

Sabemos que Dios está presente y activo en la historia, y no sólo en la historia de toda la humanidad, sino también en nuestra historia particular y en la historia de nuestros pueblos.

La historia de Andorra se inserta en esa “historia de salvación” que comenzó con la Creación, que alcanza su plenitud con Cristo, y que continúa “hoy y aquí”.

En esta historia concreta de esta comunidad cristiana y de cada uno de nosotros encontramos signos concretos de la acción de Dios, hasta el punto de que es posible experimentar su presencia.

Podemos descubrir al Señor actuando en nuestra vida de cada día. Son muchos los signos que muestran esa cercanía de Dios.

Pero si los habitantes de Andorra tuvieran que señalar uno, un único elemento que nos hablara de su presencia amorosa, creo que no sería difícil de encontrar. Lo encontramos en *la Mare de Déu de Meritxell*.

Dios, que no ha querido estar lejos de este pueblo, se ha hecho cercano por medio de esta venerable imagen de la Virgen. En ella, Dios ha salido a vuestro encuentro.

Conocéis bien la historia. Aquel día de Reyes, en el lejano siglo XI (once), cuando el pastor se dirigía a Canillo para participar en la misa, y al pasar por este lugar vio que había un rosal silvestre florecido, a pesar de ser pleno invierno. Y bajo el rosal descubrió una bella figura de la Santísima Virgen.

Yo os pregunto: ¿quién encontró a quién? La respuesta es clara. No fue el pastor quien descubrió a *la Mare de Déu de Meritxell*. Fue ella quien encontró al pastor. Fue ella quien quiso estar cerca de vosotros, y salió en vuestra búsqueda. Y quiso quedarse aquí, en este lugar. Por ello, aunque la llevaron a Canillo y a Encamp, la imagen desaparecía y regresaba al sitio escogido.

Fue Dios, por medio de ella, quien quiso volver a plantar su tienda entre nosotros. Y este santuario, declarado Basílica menor por el Papa Francisco, es recuerdo y memoria de ese gesto de amor, y lugar de encuentro con el Señor.

Por eso, mirando a esta imagen, con esos ojos de fe con los que vosotros la contempláis, podemos decir con Zacarías: “*Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo*” (Lucas 1,68).

Dios os ha visitado. Él os ha salido al encuentro. Él quiere estar por siempre con vosotros.

¡Andorranos! Vuestra historia, vuestro pasado y vuestro presente, no se entiende sin *la Mare de Déu de Meritxell*. Por eso, el Consejo General de los Valles la declaró patrona del país en 1873 (mil ochocientos setenta y tres).

Y porque en ella descubristis la cercanía de Dios, por medio de esta advocación, por intercesión de *la Mare de Déu de Meritxell*, los habitantes de las siete parroquias de Andorra han esperado el fin de una sequía, la desaparición de una epidemia mortal o la protección sobre la tierra. Pero también ha aguardado la curación de un ser querido, la bendición sobre los hijos, la protección durante el parto, la ventura

económica, la concordia entre las personas de la comunidad, el perdón de los pecados y la conversión del corazón.

¿No es esto lo que aseguran vuestros gozos? Así lo cantáis:

“Tú escuchas a quien en las penas

busca aquí el consuelo perdido;

el enfermo siente en las venas

renacer vida y salud.

Cuando del cielo la lluvia nos falta,

pronto la haces bajar”.

¿Cuántas veces, en vuestro dolor, en vuestra angustia, no habéis venido aquí, ante esta venerable imagen, para pedirle al Señor Dios que escuchara vuestra oración?

Andorra, eres un pueblo afortunado. Dios sigue haciéndose presente por medio de esta imagen de su Madre bendita.

Y Dios, el Señor, continúa haciéndose presente entre vosotros de otros modos diversos. Él sale a vuestro encuentro singularmente en los sacramentos, entre los que se encuentran el de la Penitencia y la Eucaristía.

¿Qué es el Sacramento de la Penitencia sino ese abrazo del Padre que emprende nuestra búsqueda cuando, por causa del pecado, nos hemos separado de Él? En este sacramento, Dios nos muestra su corazón misericordioso y nos reconcilia

plenamente consigo. El Jubileo de la Misericordia que estamos celebrando es una oportunidad privilegiada para experimentar ese perdón.

Dios sale a nuestro encuentro de un modo más sublime: se hace presente cada vez que nos reunimos para celebrar la Santa Misa. Y es que la Eucaristía es la presencia real de Cristo entre nosotros. Es el centro, fuente y cumbre de la vida cristiana. Es un momento de acción de gracias, de encuentro de la comunidad,... Pero, sobre todo, en ella recordamos el misterio pascual de Cristo. Dios es su protagonista principal. Él es quien nos reúne, Él es quien nos perdona, Él es quien nos habla y Él es quien nos alimenta.

Y también tenemos que saberlo descubrir en los hermanos, singularmente en el rostro de aquellos con los que él mismo ha querido identificarse: con los pobres, los marginados, los que sufren, los últimos. *“Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis”* (Mateo 25,40).

El Señor es un Dios próximo, que se hace presente en los pobres, en la Iglesia, en los sacramentos, en la Eucaristía...

Y porque sabéis que Dios está cercano, vosotros hacéis fiesta. Hacéis fiesta para darle gracias, para ofrecerle los frutos de vuestros trabajos, para presentarle a vuestros hijos y a vuestros ancianos, para tener un recuerdo por vuestros difuntos.

Pero reconocer la cercanía de Dios y celebrar la fiesta de *la Mare de Déu de Meritxell*, nos obliga a escuchar la palabra de la Virgen: *“Haced lo que Él os diga”* (Juan 2,5). Desde que sabemos que Dios está con nosotros, nuestra vida no puede

seguir igual. No podemos seguir viviendo como si Dios no existiera. Debemos cambiar, debemos vivir cumpliendo la voluntad de Dios. *“Haced lo que Él os diga”*.

Celebrar esta fiesta de María es querer vivir como Ella.

Como María, debemos estar atentos a la Palabra de Dios, y hacer de ella, de la oración y de la celebración de la Eucaristía el centro de cada día, el centro de toda nuestra vida.

Como María, debemos estar atentos a las necesidades del mundo, para compartirlas y transformarlas. Queremos prestar nuestra voz a tantos hermanos que sufren, a tantos que esperan justicia y solidaridad, a tantos que anhelan la paz y esperan un mundo más fraterno.

Ella es nuestro modelo, pero es también quien intercede por nosotros. En ella buscamos refugio, descanso y apoyo.

Por medio de la bula *Misericordiae Vultus*, el Papa Francisco convocó el Jubileo de la Misericordia. Ante esta imagen de ojos grandes y hermosos, bien podemos repetir las palabras que allí escribió el Santo Padre, anhelando que - dice el texto - *“la dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios”*. Que ella *“nunca se canse de volver a nosotros sus ojos misericordiosos y nos haga dignos de contemplar el rostro de la misericordia, su Hijo Jesús”* (n. 24).

Queridos hermanos y hermanas. Os invito a vivir de tal forma que cuando alguien se acerque a vosotros, pueda descubrir en vuestro rostro el verdadero rostro de Cristo.

Dios sigue acercándose a vuestro pueblo. Sed también vosotros presencia de Dios para los demás. Así, el hallazgo milagroso de *la Mare de Déu de Meritxell* seguirá repitiéndose.

*“Pues vuestra bondad es tanta,
que os dignasteis aquí habitar:
de Meritxell Virgen santa,
querednos siempre ayudar”.*